

Jornadas de reflexión

EN un año electoral (como 2015), la lectura de un texto repleto de propuestas programáticas, y no poco revolucionarias, suele ser un ejercicio muy recomendable. Pocos serán tan atractivos y a la vez tan exigentes, en ese sentido, como *La suma de los ceros*, primera novela del mexicano Eduardo Rabasa, nacido en 1978, licenciado en ciencias políticas (con una tesis sobre el poder en la obra de George Orwell), traductor, periodista y fundador y director de la editorial Sexto Piso, referente inexcusable para la circulación de voces e ideas entre ambos lados del Atlántico desde principios del siglo XXI.

Internarse en la lectura de ese texto supone confrontarse con peculiares estadísticas, asistir a variopintos actos electorales o atender a chocantes discursos, que sin embargo no parecerán mucho más absurdos que algunos de los que habrán inundado recientemente nuestras pantallas y nuestras calles. Y ello, acaso, porque la así llamada «realidad» parecería corroborar la interpretación de la contienda social que una de las ideólogas de la novela se atreve a hacer explícita: en toda elección se enfrentan candidatos arquetípicos del partido de los «malvados» y del de los «soñadores» (pp. 220-221). Todo esto sucede en un lugar llamado «Villa Miserias», «unidad habitacional» de 49 edificios, intencionadamente desubicada (aunque sus habitantes hablan un

mexicano fluido), que se rige por el «quietismo en movimiento», renovada versión del vaticinio lampedusiano («que todo cambie para que todo siga igual»), doctrina impuesta –en la novela– por Selon Perdumes, avatar posmoderno del cacique omnipotente (otro de los muchos hijos de Pedro Páramo) y casi invisible, como ciertas manos que determinan valores o ciertos dedazos que designan sucesores –antigua tradición, desde luego mexicana–. Y esa doctrina sustenta un sistema definido en la novela como «plutocracia representativa» (p. 321) o (en palabras aún peor intencionadas, tomadas de un «agudo músico», Jarvis Cocker, si no ando equivocado) «socialismo cocainómano» (p. 346), combinación del individualismo más feroz con una aparente preocupación por lo colectivo.

El difícil resumen del argumento de la novela, abundante en peripecias, debe retirarse ante las (nunca mejor dicho) numerosas cuestiones que suscita esta *suma*. La referencia al cero y la mención explícita de Nietzsche («la medida de todo hombre consiste en la dosis de verdad que pueda soportar», lema que marca al protagonista desde su nacimiento) podría hacernos pensar en su eventual nihilismo. La «suma cero» –concepto muy conocido en teoría de los juegos, de donde pasa a otros órdenes de la experiencia, para definir situaciones en que las pérdidas y las ganancias se equilibran– es fórmula que

sintetiza la cuestión de la distribución y la desigualdad, clave en la novela. En ese sentido, los «ceros» que integran una «comunidad de nadie» (p. 239) compensan –tristemente, acaso– los «muchos» que habitan en el interior del protagonista, que se llama (no casualmente) Max, y cuyas voces no dejan de interferir en su acción. Pero esta «suma» es también «compendio» de una determinada interpretación de los límites y las aporías de la democracia neoliberal, en la que el votante se recorta perfectamente sobre el perfil del consumidor, y por lo tanto todo puede someterse al absolutismo del número (según temía Baroja y aquí defiende y aplica el personaje de G.W.B. Ponce, a través de su empresa Superestructura). Hablar de «consumo» y de «dosis» (aunque sea de una sustancia como la «verdad») permite sostener que en esa quizá no tan lejana Villa Miserias todo se rige por el principio de la adicción: en efecto, el factótum imprescindible en todo régimen «perfecto» aquí se llama Mauricio Maso, y es un acaudalado *dealer* cuya labor garantiza la correcta aplicación del «quietismo en movimiento». Pero la novela señala de varias formas la sustancia que –verdaderamente– genera más adicción: el dinero (única cuya calidad –es sabido– se identifica con su cantidad). Esa será la materia con la que Pascual, el amigo de Max, fabrique literalmente sus cotizadísimas obras, para cuya adquisición, además de pagar el equivalente a la cantidad necesaria para construirla, el cliente debe responder a una cuestión bastante subversiva: «¿para qué sirve el dinero?» (p.159).

Pero *La suma de los ceros* no es un tratado de sociología política más o menos ficcionalizado. Se integra en esa tradición a través de referentes casi siempre elípticos (Orwell, Marx, Foucault,...), pero también realiza un trabajo intenso con la tradición estrictamente literaria que ha elaborado la imagen de la megalópolis distópica: desde *La región más transparente* de Carlos Fuentes (1958), hasta *El dedo de oro* de Guillermo Sheridan (1996), para no salir de México y no invadir el siglo XXI. Quizá esa misma voluntad de no incurrir en una inevitablemente caduca «actualidad» ha llevado a Rabasa a dejar de lado el componente tecnológico de esa distopía, un aspecto habitual en otras obras del género y que el autor ha tratado agudamente en algunos de sus artículos periodísticos. Por otro lado, la novela integra ese componente distópico en una línea más específica, casi un subgénero de la literatura política, que no pocas veces, como aquí, deriva hacia la sátira: la narrativa «electoral», que en el México moderno encuentra un anclaje histórico, a partir del movimiento «antireeleccionista» que depuso a Porfirio Díaz, desencadenó la revolución y ha alimentado –a veces como fantasma– gran parte del discurso literario (y cinematográfico) durante casi un siglo.

Por último, aunque tal vez se le pudiera achacar una cierta descompensación (tanto por su extensión, como por la sutileza compositiva) entre las dos partes y el epílogo en que la novela se estructura, *La suma*

de los ceros es también un ejemplo de compleja maquinaria narrativa que integra subgéneros como la novela de formación, el melodrama sentimental o, incluso el (anti)cuento de hadas, al tiempo que tensa y adensa el discurso con la acertada utilización de diversas estrategias que podríamos aquí considerar retóricas (la del artículo periodístico, el diario personal, el poema, la canción, el microdrama, el aforismo) y una intertextualidad estrictamente literaria

no menos importante que la política (Joyce, Shakespeare, DeLillo, el mentado Rulfo...).

Así pues, y para terminar como empezamos, es seguro que una lectura como esta garantiza –en año electoral o no– numerosas y productivas jornadas de reflexión. –DANIEL MESA GANCEDO.

Eduardo Rabasa, *La suma de los ceros*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2015.

Rincones

LA biografía de una persona puede ser muy sencilla, aunque se trate de un escritor con una considerable trayectoria literaria. Es el caso de Fernando Marías, él mismo la resume en que nació en Bilbao en 1958 y vive en Madrid desde 1975, como si nada más hubiera que destacar. Y, sin embargo, es su última novela, *La isla del padre*, ganadora del Premio Biblioteca Breve 2015 de Seix Barral, una verdadera novela autobiográfica en la que el autor hace un ejercicio de indagación íntima, narrando la relación con su padre desde que, siendo niño, preguntó a su madre quién era ese hombre desconocido que había llegado a casa, como si el pequeño temiese a un adversario, hasta la finalización de este libro, tras la muerte del

progenitor. El punto de partida es, pues, ese miedo mutuo instalado entre ambos –la amenaza para el niño, que vivía con su madre y su abuela; que su hijo no lo quisiera, para el padre– en un repaso pormenorizado de cómo consiguieron superarlo. Es asimismo un despliegue de literatura en una narración de aventuras poco convencional, evocadora de viajes a tierras lejanas y, más aún, un homenaje muy personal a la figura del padre, a base de anécdotas, reflexiones, pensamientos, que sirve incluso para curar la herida de lo no dicho, algo que lastra toda relación humana. Por otra parte, resulta evidente a lo largo de la historia la estela de dolor que supone la pérdida del padre y la indeleble huella imprimida por este en el hijo. Escribir una novela como